



Terry Wrigley. *Escuelas para la esperanza. Una nueva agenda hacia la renovación.* Madrid, Morata, 2007, 200 págs.

Este libro ofrece un interesante análisis sobre el modelo de Mejora de la Escuela desarrollado en Inglaterra y Gales en la última década. Ya en el prefacio a la edición española, el autor avanza lo que va a ser la línea de su diagnóstico y de sus principales inquietudes. Esto es, las políticas desarrolladas al amparo de dicho modelo no han mejorado la educación, ni las cualificaciones de los alumnos de las clases trabajadoras y minorías étnicas; en definitiva, no se ha hecho nada para disminuir la diferencia de los logros alcanzados entre ricos y pobres.

Concretamente critica la versión dominante de Mejora de la Escuela, versión injertada en el paradigma de la Eficacia Escolar de base estadística. Se trata de un modelo que ha adoptado un discurso técnico, ocultando que la mejora de la escuela es una cuestión esencialmente política.

El uso del término «esperanza», presente en el título, es absolutamente pertinente, entendiéndolo no como «un optimismo rosa, un brillo interior emocional. Eso sería verdaderamente difícil en este momento. Me refiero a una esperanza fundada que surge de un reconocimiento completo de las necesidades y las posibilidades sociales y materiales. Como educadores, necesitamos una esperanza que se atreva a enfrentarse a nuestro atribulado mundo» (p. 18).

Se trata de un libro que se mueve entre la crítica y ejemplos de práctica inspiradores, que intenta proporcionar una nueva agenda, incorporando temas y enfoques, coherentes con la búsqueda de una mayor implicación de la educación en la justicia social.

El contenido está estructurado en 11 capítulos organizados en 5 partes: *Críticas, Dilemas, Aprendizaje, Comunidades y Futuros.*

En la primera parte, realiza una aproximación histórica y conceptual a la Eficacia Escolar y la Mejora de la Escuela. Se detiene, por una parte, en el reduccionismo moral (se aplica un empirismo abstracto

que ignora las cuestiones culturales, políticas e históricas) y en el idealismo educativo (se crea la ilusión de que es posible tener éxito sólo por el esfuerzo educativo, sin cuestionar las desigualdades estructurales, impidiendo un debate fundamentado del fracaso escolar) presente en las investigaciones de la Eficacia Escolar. Por otra, en el carácter polisémico y ambiguo, y las connotaciones positivas de los términos mejora y eficacia. Si bien, existen diferencias entre uno y otro modelo, y aún entendiéndolo que la Mejora de la Escuela se encuentra en una encrucijada, o se fusiona a la Eficacia Escolar o avanza hacia vías más críticas y democráticas. Lo cierto es que el uso oficial de la Mejora de la Escuela ha tenido efectos claramente antidemocráticos.

En la sección dedicada a los *Dilemas*, centra el análisis en relación al modelo de rendimiento de cuentas y en la agenda del gobierno neolaborista en torno a la selección y privatización en educación. El modelo de rendimientos de cuenta, ajeno a los medios educativos, está, entre otras cosas, erosionando la identidad del maestro como profesional de vocación social y la está reemplazando por la de un técnico funcional. Las agencias gubernamentales imponen los métodos de arriba a bajo, lo que impide que los maestros estén motivados y puedan reivindicar su creatividad en el desarrollo del currículum y participar en la negociación sobre el contenido y los métodos con los estudiantes. Pero además la tendencia del gobierno neolaborista utilizando un lenguaje de rentabilidad, productividad, etc. ha pasado por alto explicaciones en relación al currículum, la pedagogía y la equidad.

En los siguientes cuatro capítulos, encuadrados dentro de la categoría de *Aprendizaje*, Wrigley concreta su propuesta. Por un lado, considera la necesidad de repensar la inteligencia y el aprendizaje, partiendo de una visión crítica a las teorías de la inteligencia innata y general, así como los enfoques del déficit del lenguaje. Defiende una comprensión sociocultural de la inteligencia y una interpretación cultural de los fracasos escolares de los niños de clase trabajadora. En segundo lugar, comparte el concepto de «tradición selectiva» de Williams para comprender el currículum, este es una selección de la cultura, pero además considera la necesidad de preguntarse por la misma cultura, y sobre el por qué, quién, para quién y con qué fines se efectúa la selección. En este sentido, plantea que «el proyecto de mejora de la escuela necesita ir más allá de su obediencia a un currículum impuesto que manifiestamente no funciona en muchas escuelas. Es necesario reexaminar la retórica de la titulación y los estándares comunes dentro de la realidad de una sociedad dividida y desigual, y encontrar soluciones que

abran genuinamente oportunidades a los individuos y las comunidades marginadas» (p. 104). En tercer lugar, apuesta por un concepto complejo de pedagogía, que requiere de una articulación de propósitos y procesos educativos en términos sociales, éticos, afectivos, cognitivos, y que implica reflexión sobre la sociedad. Finalmente, apuesta por una educación para la ciudadanía comprometida con el desarrollo activo y crítico de los jóvenes

En *Comunidades*, sostiene que las posibilidades de enlace e influencia entre las escuelas y los padres se diferencian por la clase social y la raza (en muchas ocasiones los profesores asumen que los padres de clase trabajadora o de minorías étnicas no están interesados en la educación de sus hijos). Además, la Ley de Reforma Educativa de 1988 en Inglaterra y Gales reconstruyó el papel de los padres como consumidores dentro de un sistema de elección de mercado. Frente a estas visiones, se necesita una perspectiva comunitaria sobre el aprendizaje, pues, en general, las escuelas saben poco sobre el conocimiento, las destrezas y la cultura incrustada en las comunidades a las que prestan servicio.

La preocupación por la justicia social ha atravesado cada capítulo de este libro, es en el capítulo 10 donde encontramos una síntesis de sus preocupaciones y donde reafirma una visión comprometida y fundamentada de la justicia social. Y en este sentido, se detiene nuevamente en definir un modelo social, que examina la interacción entre los alumnos y el ambiente, para interpretar los problemas relacionados con el logro académico, frente al modelo psicológico/médico. Es crucial, por tanto, que el profesorado comprenda que mayormente nos enfrentamos a problemas estructurales y culturales, más que puramente individuales, sin caer en la visión pesimista y determinista. Ardua pero imprescindible tarea la que tenemos por delante.

*Carmen Nieves Pérez Sánchez*